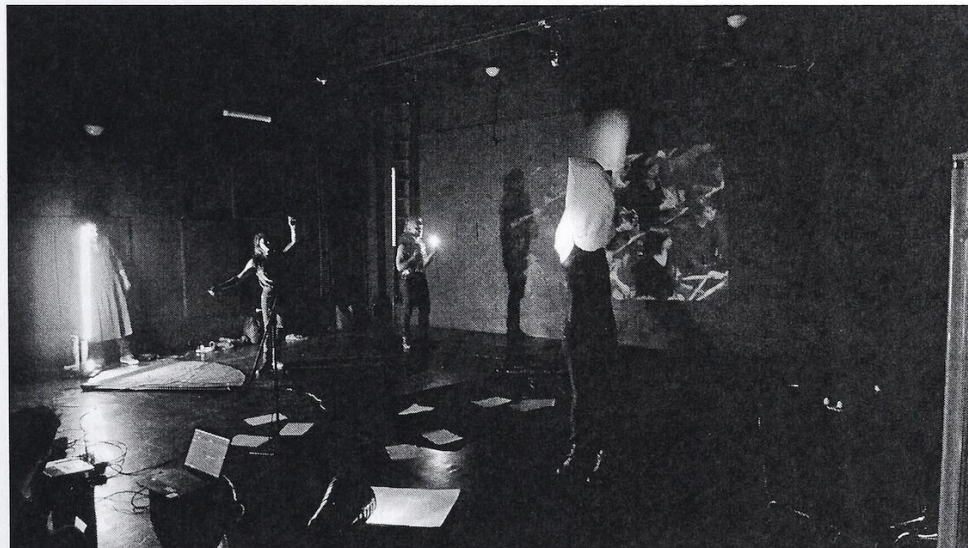


*boca de la tormenta* se estrena en septiembre de 2015 y emerge como la contracara de su creación inmediatamente previa: *Cartas a mi querido espectador* de 2013. En esa obra, Gandini había intentado trabajar desde algo que él define como el “mínimo nivel de representación”. La ficción se sostenía a partir de la presencia de dos intérpretes en un espacio indeterminado sin butacas ni luces de escena, cuya principal acción era leer cartas escritas en hojas de papel.

Luego de esa experiencia, en la que el coreógrafo afianzó su proyecto estético de construir ficción a partir de los recursos más elementales, se lanzó a la búsqueda de cierto imaginario que intentara potenciar esa “poética elemental”. La nueva obra fue concebida, en cierto modo, como ambiciosa, tiene una impronta visual muy elaborada y superpone numerosos dispositivos sonoros, filmicos y de movimiento. Sin embargo, enseguida advertimos que se trata de una ambición condicionada por la exposición: exposición de la precariedad de los recursos pero sobre todo de su fragilidad y de la fragilidad de los intérpretes bailarines que se exponen crudamente a la mirada del espectador desprovistos de un virtuosismo técnico tradicional.



[Fig. 1. Fabián Gandini, Obra “En la boca de la tormenta”. Fotógrafo: Jorge Leiva. Año 2015.]

Volvamos a la frase que se proyecta al comienzo de la obra: “La cantidad de horas humanas que las cosas llevan de forma oculta generan infinitas presencias invisibles”. La frase expresa el sentido inicial del proceso creativo: potenciar la presencia de los objetos visibilizando las “horas humanas” que llevan